



ARCOS TRIUNFALES Y ESPEJOS DE GRANDEZA EN AMERICA: ALGUN EJEMPLO

POR DEMETRIO RAMOS

(De la Real Academia de la Historia)

Estos signos de poder no eran sólo fantasías, sino que, como una evocación emblemática, significaban mucho más que la vanidosa expresión de un presente —como se quiere ver la efímera hinchazón borgoñona (1)—, sino la lección, también de un pasado. Y más aún: la soldadura en continuidad con unas figuras representativas que se entendían como *propias*, en una historia *escalonada*, que tenía sus tiempos y, en cada uno, sus figuras insustituibles, a las que se daba una continuidad simbólica.

José Antonio Maravall, en uno de sus magníficos estudios sobre la cultura del siglo XVII, manifestó rotundamente que la *ostentación* y *alabanza* tenían como finalidad la de sorprender, con la grandeza del poder del *entrante*, a los probos vasallos que habían de ver en el pasado la forma de deslumbrar a quienes vivieran ya otros tiempos. Por eso los *espejos de príncipes* no sólo eran lección de como debían ser, sino más aún, mani-

(1) CARLOS GOMEZ-CENTURION GIMENEZ: *La herencia de Borgoña: el ceremonial real*, en el congreso. *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Lisboa, 1998 (en prensa), coordinado por Luis Miguel Enciso.



DEMETRIO RAMOS

fiesto de un pasado que, precisamente, no era *fugacidad*, es decir, que no pasaba del todo. Luis Díaz del Corral así lo vió.

De aquí los «Theatros de virtudes políticas», que tuvo bien presente Solórzano Pereyra, como ejemplos de grandeza inimitables (2), de los que no podemos apartar las loas y homenajes, como el que escribió sor Juana Inés de la Cruz a la muerte de Felipe IV, con estas expresiones:

«¡Oh cuán frágil se muestra el ser humano
en los últimos términos fatales,
donde sirven aromas orientales
de culto inútil, de resguardo vano!

Sólo a ti respetó el poder tirano,
¡oh gran Filipo!, pues con las señales
que ha mostrado que todos son mortales,
te ha acreditado a ti de Soberano.

Conoces ser de tierra fabricado
este cuerpo, y que está con mortal guerra
el bien del alma en él aprisionado;

y así, subiendo al bien que el Cielo encierra,
que en la tierra no cabes has probado,
pues aún tu cuerpo dejas, porque es tierra».

LOS ARCOS TRIUNFALES, COMO EMBLEMÁTICA DE LA CONTINUIDAD HISTÓRICA

La tradición romana del Arco Triunfal, para rendir los debidos honores y gloria al general victorioso, con la evidencia del humillado vencido, no se agotó, pues la exaltación del poder era una forma de asegurar fidelidades, mediante la «*admi-*

(2) PABLO FERNANDEZ ALBADALEJO: *Felipe II y la monarquía católica en el pensamiento político español*, también en *Las sociedades ibéricas* (1).



ratio». Sólo se desvió al tener una nueva misión el hecho político, en busca del fortalecimiento de las monarquías. De esta forma la tradición se reforzaba como proyectada en el presente y futuro.

Y no es exclusivamente efecto de la representativa «cultura del barroco» o de la pedagogía de masas de los jesuitas, pues los hechos precedieron a tales actitudes ideológicas. Tiene una trayectoria el fenómeno que casi obliga a hablar de su asociación con el *poder*. Es el arte o la *literatura emblemática*, que tuvo como propósito dar continuidad a una historia, que se asimilaba, como ejemplo precedente.

Esa asimilación se dio también en las justas poéticas, que dieron origen a los *Apolos*, como el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, pues:

«si la envidia permite competencia
su nobleza, virtud, ingenio y ciencia...
Pensil, Temple, Pangeo
y florifero Hibleo,
o cante historias o lamente amores,
será su vera anticipada en flores (3).

Los *túmulos* formaron una impresionante arquitectura, que nos hace ver a los *Arcos*, en paralelo, siempre para unir venturas y desventuras. Bien representativo fue el soneto que Quevedo dedicó, como *túmulo* de Aquiles, cuando llegó a él Alejandro, y que decía:

«Por más que el tiempo en mí se ha paseado,
consumirme, Alejandro, no he podido:
que del cuerpo que en mí tengo escondido,
fuerzas contra las tuyas he sacado.

(3) LOPE DE VEGA, F: *Laurel de Apolo*, en edición de la B. A. E. XXXVIII, Edic. Atlas, pág. 196.



DEMETRIO RAMOS

Aquiles es quien yace sepultado,
y con silencio duerme en largo olvido.
Respeto las cenizas en que ha sido
su valeroso cuerpo desatado.

Rayo fue de la guerra, a Troya espanto;
Júpiter tuvo miedo de su acero,
hasta que dejó el alma el frágil manto.

Diole la eternidad el docto Homero.
No le llores de invidia; vierte llanto
de lástima de un hado tan severo» (4).

En el desbordamiento intelectual de sor Juana Inés de la Cruz, destaca en el sentido dicho su *Neptuno Alegórico*, como «Océano de Colores, simulacro político, que erigió la muy esclarecida, sacra y augusta Iglesia Metropolitana de México, en las lúcidas alegóricas ideas de un Arco Triunfal, que consagró obsequiosa y dedicó amante a la feliz entrada del excelentísimo señor don Tomás Antonio Lorenzo Manuel de la Cerda, Manrique de Lara, Enríquez, Afán de Ribera, Portocarrero y Cárdenas, Conde de Paredes, Marqués de La Laguna, de la Orden y Caballería de Alcántara, Comendador de la Moraleja, del Consejo y Cámara de Indias y Junta de Guerra, Virrey, Gobernador y Capitán General de esta Nueva España y presidente de la Real Audiencia que en ella reside, etc., que hizo la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa del convento de San Jerónimo de esta ciudad».

La enunciación no puede ser un mejor ejemplo, máximo, de ese hábito acumulativo del barroco que, con ocasión de la «feliz entrada» del virrey, empezaba por ofrecer su preclara estirpe, con la sucesión de los apellidos más prestigiosos, que ya le acreditaban personalmente en calidad y honra, a lo que se

(4) En *Obras completas de don Francisco de Quevedo*, edic. de José Manuel Blecua. Barcelona, Planeta, tomo I, *poesía original*, pág. 315. Se fecha antes de 1627-1628, justo en la época en que se afirma esta mentalidad continuista.



unían los títulos nobiliarios, señoríos y pertenencia a órdenes de caballería y *oficios* de gobierno, donde comenzó con la incorporación al Consejo de Indias. ¿Qué más podía pedirse para acreditar su persona?

En este *Neptuno Alegórico*, que erigió la Iglesia Metropolitana de México, se explica como desde la Antigüedad se apeló también a los símbolos y jeroglíficos, para dar a sus deidades las formas más perfectas, como fue el caso del círculo, lo que era también modo de integrar las posibles excelencias, y este era el caso del nuevo virrey, pues en su persona «se han dado las manos tan amigablemente los timbres heredados y los esplendores adquiridos, que forman una sola íntegra y perfectísima nobleza». De aquí la enumeración demostrativa. Por ello la Iglesia Metropolitana pedía obsequiosa al Cielo que durara su vida «al par de sus blasones». He aquí una de las claves: la persistencia en el tiempo, que había de revertir en una grandeza recrecida, como los blasones se sumaban, nunca excluyentes.

Pero la razón de los Arcos Triunfales, erigidos en obsequio de los virreyes que entraban a su gobierno en la Nueva España —escribió sor Juana— era dar la exposición metafórica de que reunía la más cabal virtud. En este caso el hecho de que Neptuno era, en el fondo, el rey del silencio «cuyos hijos, los peces, son también mudos».

Los lienzos que adornaban el arco, ocho en total, eran otras tantas manifestaciones de Neptuno, mientras que las cuatro basas y los intercolumnios expresaban las prerrogativas, que adornarían la entrada del mandatario: justicia, hacienda, defensa y virtud.

EL FUNDAMENTO HISPANO

Aparte la tradición romana, más o menos desdibujada con el tiempo, el arco triunfal brotó como homenaje histórico cuando Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón, logró entrar en Nápoles. Era una forma de argumentación política, de imponer el ejemplo que desbordaba el marco geográfico. Miguel



DEMETRIO RAMOS

Falomir Faus ha llegado a analizar el hecho, de acuerdo con la difusión renacentista, pues fue Fernando el Católico quien hizo, ya en la Península, varias entradas triunfales (5).

España se convirtió, tras la guerra de Granada, en un país en ebullición. La misma fundación de Santa Fe fue una construcción *triumfal*, con arcos de acceso a la gran plaza. Todo ya como sería habitual, levantado con materiales frágiles —ladrillo, madera— que se acoplaban con facilidad. Del pasado, sólo se mantiene un arco, construido en piedra: el *arco de Santa María*, de ingreso a la ciudad de Burgos que, más que arco, es una puerta de aire medieval. En ella misma está ya de manifiesto la concentración histórica, como testimonio de superación de la temporalidad. Es lo que se ha acostumbrado a llamar literatura *emblemática*, en la que se relacionan con los personajes mandatarios del momento, tanto héroes de la antigüedad como del pasado prehispánico. Son como «el soporte de un discurso apologético, claramente vinculado a su ideología política» (6).

Esta *literatura emblemática*, que es como una exposición histórica de «parentesco», entre héroes de una y otra época, pasó a ser habitual en el recibimiento de un virrey o de un arzobispo, a su llegada, como lo vimos en el texto de sor Juana Inés de la Cruz. También cabe incluir en este conjunto de narraciones plásticas a los *templetes* y *catafalcos* levantados con motivo de la muerte de un gran personaje, especialmente de un monarca, como el que se levantó en la catedral de Sevilla a la muerte de Felipe II, que tantas veces quiso emularse.

Recuérdese el hábito que paralelamente se generalizó en la representación o recuerdo de dioses clásicos, como lo vemos en *Amor es más laberinto*, de la misma sor Juana, en la que Baco —como en el cuadro de Velázquez— es uno de los principales personajes, pues dice:

(5) MIGUEL FALOMIR FAUS: «Entradas triunfales de Fernando el Católico en España, tras la conquista de Nápoles», en *La Visión del mundo clásico en el Arte español*, Madrid, edit. Alpuerto, 1993, págs. 49-55.

(6) ANTONIO LORENTE MEDINA: *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, México-Madrid, FCE, 1996, pág. 13.



¿Tal agravio llego a ver
y persevero en vivir?
Sin duda es por carecer,
o de alma con que sentir,
o de vida que perder.

La tendencia a la íntima relación, incluso en lo religioso, casi permite hablar de una inclinación al sincretismo, de no saber la preocupación sentida por los religiosos ante ciertas semejanzas en ritos y ceremoniales. Por eso acertó Octavio Paz a plantearse la relación existente entre la sociedad plural del mundo indígena, que permitió a los religiosos hablar incluso de superposiciones. Así se pensó —y es cierto— en que la imagen de México-Tenochtitlan, confundida con la de Roma, reapareció en la visión de la imperial ciudad de México. De aquí que hablen los historiadores mexicanos, como O’Gorman, de una «continuidad» en la reconstrucción que supuso la Nueva España.

Esa práctica de la que cabe considerar verdadera técnica de propaganda político-religiosa, fue llevada también a América, en el siglo xvii. Se atribuye el mayor arraigo que tuvo en Nueva España al brillante antecedente de la entrada de Hernán Cortés en México, donde fue recibido —como bien lo relató Bernal Díaz— por el propio Moctezuma en la calzada de acceso, rodeado de los principales señores aztecas. Nada semejante pudo repetirse en otras partes. Eran los dos mundos y los dos tiempos que se abrazaban.

Por eso, la llegada de un nuevo virrey o de un nuevo arzobispo imponía ese ritual y protocolo, con el simbolismo del arco triunfal, donde también aparecían los «emperadores» aztecas y hasta sus deidades, para producir ese efecto de conjunción ideológica.

José Miguel Morales estudió varios ejemplos de arcos triunfales en la Nueva España (7), aunque olvidó alguno de los más destacados, como el que se levantó a la llegada preci-

(7) JOSE MIGUEL MORALES: *Cultura simbólica y arte efímero en la Nueva España*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1991.



DEMETRIO RAMOS

samente del Marqués de la Laguna. Por eso, dice este autor, que como obras coyunturales, fueron el reflejo de las posibilidades arquitectónicas de cada época, ya que habían de ser algo muy distinto de catedrales y templos, por «la caducidad y por la ductibilidad de los materiales empleados».

La relación con la empresa de Hernán Cortés se manifestaba en las mismas etapas seguidas por el virrey entrante, así como con la llegada de los franciscanos, llamados los «doce apóstoles». Llamativamente, el lugar de encuentro entre el virrey saliente y el entrante era otro testimonio del continuismo histórico, pues se efectuaba en Otumba, donde Cortés dio plena consistencia a la conquista (8).

EL ARCO DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

Como en todos los casos, levantar un arco era una empresa colectiva, que reunía con el eje promotor, a pintores, escultores, entalladores..., con el fin de construir la gran alabanza (9) del nuevo virrey. Pero, con todo, era imprescindible no sólo el *ordenador* sino el intelectual hombre de letras, que programara la historia iconográfica. Sigüenza corrió con el encargo y deseo del cabildo de la ciudad, así como el de la Iglesia metropolitana fue misión de sor Juana. Tanto empeño se ponía en el encargo que, por ejemplo, le exigió a Sigüenza contar con un permiso para dejar de atender a su cátedra y dedicarse al arco durante más de un mes. No había que desentenderse de los detalles, pues para más realismo, se incluían entre las figuras, personas vivas: como si en las fallas de Valencia fueran algunos «ninots» personas del vecindario.

Esto explica el accidente del 30 de noviembre, día en que *entró* el virrey: a su encuentro salió el arzobispo de pontifical, con el clero que había de acompañarle, momento en el que per-

(8) LUCAS ALAMAN: *Disertaciones sobre la historia... desde la época.*

(9) JOSÉ IGNACIO HENARES: «Las artes al servicio del poder. La cultura de corte», en *Las sociedades ibéricas y el mar* (1).



dió el equilibrio uno de los indios del arco, que sufrió heridas graves (10). Y eso que, por su temática, mereció el calificativo de «arco aindiado» (11).

Para los modernos críticos, la obra de Sigüenza y Góngora está en la línea de un patriotismo basado en la recreación de la *conciencia nacional*. Así vió Jaques Lafaye su pretensión a partir del *Theatro de Virtudes políticas*, cuya enunciación completa es ya el exponente de toda la ideología. Son las *Virtudes advertidas en los Monarchas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas efigies se hermosteó el ARCO TRIUMPHAL que la muy noble, muy leal Imperial Ciudad de México erigió para el digno recibimiento en ella del Excelentísimo señor virrey Conde de Paredes Marqués de La Laguna, etc. Ideólo entonces y ahora lo describe D. Carlos de Sigüenza ...»*

José Antonio Maravall, en su análisis de la mentalidad de la época (12), mostró el boato y ostentación de las fiestas reales españolas, como modelo (13), previstas para la admiración de los vasallos, capaz de crear una «adhesión ciega e irresponsable... como producto esencial de la cultura barroca y como *instrumento* en manos del poder político, que simultáneamente atraía y distraía a las masas», como si se tratara de un adormecimiento (14).

Rojas Garcidueñas, si bien explicó lo que el Arco era, no tuvo en cuenta el revuelo que pudo originar, por verle en línea de continuidad con otras obras suyas anteriores, como *Primavera indiana* o las *Glorias de Querétaro*, al tratar así «de las vir-

(10) ANTONIO ROBLES: *Diario de sucesos notables* (permaneció inédito hasta mediados del XIX que se incluyó en los *Documentos para la historia de Méjico*, 1853).

(11) *Theatro de Virtudes Políticas...*, *advertidas en los Monarchas antiguos del Mexicano Imperio*, 1680.

(12) JOSE ANTONIO MARAVALL: *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel 1983 (tercera edición).

(13) ALICIA CAMARA MUÑOZ: *La fiesta de corte y el arte efímero de la monarquía entre Felipe II y III*, en *Las sociedades ibéricas* (1).

(14) VICTOR SOTO CABA: *El barroco efímero*. Madrid, Historia 16, 1993.



DEMETRIO RAMOS

tudes que debe tener el estadista y que por adulación suponía adornaban al entrante Conde de Paredes» (15).

Pero interesa advertir cómo Sigüenza trató de eludir el término *Arco triunfal*, sustituido por el de *Puerta*, con el fin de hacer abstracción de la conquista violenta, para dejar entonces como hecho natural la incorporación de México, en el fundamento de una situación paradisiaca.

Así escribió que «no será muy destimable mi assumpto quando en los Mexicanos *emperadores*, que en la realidad subsistieron en este Emporio celeberrimo de la América, hallé sin violencia lo que otros tuvieron necesidad de mendigar en las fábulas», curiosa forma de entender superables las historias de los héroes clásicos, que en cambio si tuvieron que ser asidero para sor Juana.

Es una pena que, por la fragilidad de lo que fueron los arcos, estos ejemplos emblemáticos de la forma de entenderse honra y fama de los pasados tiempos (16), no se perpetuara en el monumento perenne. No es así posible reconstruir una *armería*, ni las leyes de una *heráldica* azteca. Todo se lo llevó el tiempo, quedando apenas de aquella nobiliaria la escultura del *caballero águila* y de su paralelo. Los mismos escudos para la defensa bélica, no se tiñeron de los signos de gloria familiar. Todo fue fungible y leve, como la famosa plumería, sin llegar a lo que para nosotros fue el blasón.

Por eso merece recoger lo que los Arcos pudieron ser, como residuos de máximo valor, destacable por su alcance y ambición histórica, aunque ya reducidos al significado de una literatura emblemática. Así, se comprende la admiración expresada por Sor Juana a la sabiduría de Sigüenza y Góngora en este soneto, con el que cerramos honorablemente nuestra

(15) JOSE ROJAS GARCIDUEÑAS: *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*. México, edición Xochitl, 1945.

(16) Como antecedente, ADOLFO CARRASCO MARTINEZ: «Privilegio, herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI», en *Las sociedades ibéricas* (1).



exposición. Pues se dice concebido «frente a su *panegírico* (el Arco) de los Marqueses de La Laguna».

«Dulce, canoro Cisne Mexicano
cuya voz si el Estigio lago oyera,
segunda vez a Eurídice te diera,
y segunda el Delfín te fuera humano;

A quien si el Teucro muro, si el Tebano,
el ser en dulces cláusulas debiera,
ni a aquél Griego incendio consumiera,
ni a éste postrara Alejandrina mano:

No el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro
agreste avena concordar pretendo;

pues por no profanar tanto decoro,
mi entendimiento admira lo que entiendo
y mi fe reverencia lo que ignoro».



INSTITUTO SALAZAR Y CASTELL

VICENTE DE CADINAS Y VICENT

DOS AÑOS EN LA VIDA DEL EMPERADOR CARLOS V (1546-1547)

VISTOS POR LOS ENBAJADORES VENECIOS,
POR SUS ATRIBUIDAS «MEMORIAS», Y LA BATALLA
DE MÜHLBERG POR SUS PROPIOS ESCRITOS

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se inició en el año 1968, cuando el autor, entonces profesor de Historia del Imperio Español en la Universidad de Valencia, se dedicó a estudiar la vida del emperador Carlos V durante su estancia en España (1546-1547). El estudio se basó en los documentos que se conservan en el Archivo de Simancas, en el Archivo de la Corona de Aragón y en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. El autor ha tratado de presentar una visión objetiva y crítica de la vida del emperador, basándose en los documentos que se conservan. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la vida del emperador durante su estancia en España (1546-1547) y la segunda trata de la batalla de Mühlberg (1547) y de los escritos que se atribuyen al emperador.

ALBERTO
Hidalgo
1968